

Joaquín Entrambasaguas

Un tricentenario

HAZ Y ENVÉS DE LUIS VÉLEZ DE CUEVARA

(Especial para «Atenea»)



POCO que se medite sobre la vida de Luis Vélez de Guevara—como también sobre algunos aspectos de la de Lope de Vega, entre otros—esto es, sobre la antinomia prodigiosa de su haz y de su envés, viene a pensarse, sin remedio, si en las biografías vale tanto, a fin de cuentas, lo que fué un individuo a causa del tiempo y de las gentes que le rodearon, como lo que hubiera querido ser por su voluntad, y no pudo lograrlo por las circunstancias de ese tiempo y de esas gentes mismas.

Entonces, a través de la serenidad de los años y de los datos históricos que van descubriendo lentamente toda la imagen del pasado desde todos los puntos de vista, surge bipartita la figura de aquel ser, entre el sí y el no, y su existencia fluctúa mostrando al-

ternativamente su haz y su envés: lo que es cierto para él y falso para los demás y lo que éstos creen verdadero y es falsedad en la intimidad de su propia alma.

He aquí mi vida—hubiera podido decir a sus coetáneos—que vosotros juzgáis sincera y he tenido que inventar trabajosamente para vosotros; pero he aquí también lo que sinceramente hubiera querido vivir y es certeza de renunciar por culpa vuestra y del momento que viví.

Estamos ahora en época mundial, cuyas afinidades psicológicas con la que se vivió hace trescientos años, son innegables. Por ello, estas vidas que se evocan al cumplirse su tricentenario tienen para nosotros un significado, que percibimos inconfundiblemente y sería inútil que pretendiésemos captarlo en unas conclusiones concretas.

La vida de Luis Vélez de Guevara, el excelente dramaturgo de la época de los austrias, autor de *Reinar después de morir* y de otras obras no menos interesantes, transcurrió de 1579 a 1644, fecha esta última cuyo tricentenario ahora se cumple, con una movilidad variadísima, realmente novelesca en su envés que apenas se hubiera transparentado en su haz sin la indagación histórica de datos fehacientes, dignos de comentarse desde este punto de vista, en sus aspectos más logrados.

Aquel noble caballero... — La vuelta de la Corte española de Valladolid a Madrid en 1607, tras su breve estancia en la capital castellana, presentó

un carácter especial que quizá no se haya subrayado con la importancia que merece su lujoso abarrocamiento. Parece como si al regresar a la villa del Manzanares aquel mundo volandero en torno al Rey, olvidara la sobria dignidad de Felipe II y se sintiera fascinado por desplegar una ostentación—muy bien comparado con la psicología del favorito Duque de Lerma—que pronto atrajo a gentes de toda España quienes, como nunca, se asentaron en Madrid con seguro propósito de no abandonarlo y ninguna seguridad, la mayoría, de poder sustentarse honradamente en él. No obstante lo cual, la aristocracia abandonando sus estados de señorío, los hidalgos cerrando sus casonas, los burgueses despreciando sus negocios, se vinieron a Madrid, como ascendiendo un escalón social—y así era—que luego con sus medios materiales no podrían mantener. Y lo que es peor, los labradores desarraigándose de las tierras que debieran cultivar y los soldados, reintegrados de las guerras, sin volver al lugar que abandonaron, se quedaban también en Madrid, mientras la picaresca tomaba cuerpo de su sombra ya cernida tiempo antes sobre el Imperio . . .

Con la Corte se avecina ya en Madrid, para siempre, don Luis Vélez de Guevara, un noble caballero, nacido en Ecija, por tierras andaluzas, cuyo apellido coincide precisamente con el de una de las familias de más rancia aristocracia: los condes de Oñate, que tienen un suntuoso palacio a la entrada de la calle Mayor . . .

En Madrid se sabe esto y algo más de la vida del

caballero—por cierto también poeta como tantos de la época—que él ha ido revelando y ha de exponer más tarde en un romance dirigido al rey Felipe IV, en 1629, a modo de memorial para que se le conceda un hábito de cualquiera de las órdenes militares como merece su preclaro linaje:

«pues soy de varón Guevara,
y, desde Avila del Rey,
de los trescientos hidalgos
que ganaron a Jérez».

No es, pues, extraño que unos años antes, en 1622, hubiera afirmado la hidalguía de Torres Rámila, el famoso enemigo de Lope de Vega—cuando pretendía demostrarla para ingresar en el Colegio Mayor de San Ildefonso, de la Universidad de Alcalá de Henares—contestando a la pregunta sacramental de si no tendría inconveniente en «emparentar con él o sus casas», «que de muy buena gana emparentara con él y sus casas, con ser este declarante hijodalgo notario y de la reputación que se sabe».

Había estudiado Vélez de Guevara en la Universidad de Osuna y luego de quince años entró de paje del ilustre cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla «que tuvo—dice un hijo de Luis Vélez de Guevara seguidor de las afirmaciones de su padre—la más ilustre casa de criados que ha habido en España», y le acompañó a la célebre jornada de los dobles ca-

samientos de Felipe III con Isabel de Borbón y de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto de Austria, celebrados en Valencia en 1598, y a otros lugares hasta que murió el prelado en 1600.

Entonces Vélez de Guevara se dedicó a la vida de armas. Oigámosle a él mismo contarlo:

«Cuanto a marciales papeles,
de servicios de seis años,
escuchadme atentamente:
Si busca Antonio de Losa
soldados que a hallaros entren,
Saboya me vió y Milán
en los años diecisiete
de mi edad, medié la pica,
al grabado peto fuerte,
con el tercio de Bretaña,
siguiendo al conde de Fuentes
desde Baya hasta Zahona
por ambiciones de nieve,
hasta que treguas haciendo
con Saboya los franceses,
pasé a Nápoles, de donde,
a buscar en sus bajeles
la carabana, salí
por todo el mar del Oriente».

Además estuvo en la jornada de Argel con Andrea Doria y al regreso de tanta acción bélica, en que llegó

el poeta ecijano hasta más allá de Alejandría, junto a las costas de Siria, se quedó en Valladolid, y luego en Madrid, siguiendo a la Corte como se ha dicho.

La hidalguía de Vélez de Guevara, sin duda, le colocó en cargo de importancia: el de gentilhombre del conde de Saldaña, entonces poderoso.

Era el tal aquel hijo segundo del Duque de Lerma—cuya omnipotencia habría llegado entonces a su límite máximo—a quien se conocía en la Corte popularmente con el nombre de «Diego Gómez», desdenando añadirle el Sandoval de su noble prosapia, y se admiraba por su gallardía y apostura, anzuelo de damas, y su talento y simpatía que, con sus aficiones literarias y sus generosos mecenazgos le abandonaban la amistad de los caballeros y los poetas.

Ahora, casado desde 1603 con doña Luisa de Mendoza, condesa de Saldaña—cuyo título llevaba el antiguo «Diego Gómez» como consorte—y heredera de la entonces poderosísima casa del Infantado, esa primerísima figura en la Corte, cuyos rasgos de triunfo y de gloria iluminaban a cuantos andaban en torno a él, cuanto más a Luis Vélez de Guevara que vino a ser su predilecto, así como su mujer cuando se casó con doña Ursula Bravo de Laguna, cuyos apellidos ilustres, hoy arraigados en Perú, decían bastante a favor de su origen hidalgo...

Pero dejemos en su haz de medalla renacentista este perfil de Vélez de Guevara, noble hidalgo, guerrero ilustre, con no menos hidalga esposa, en el ambiente

suntuoso de la opulenta casa de los condes de Saldaña y demos la vuelta a la imagen para contemplar su envés... tenía ribetes de pícaro. Si Vélez de Guevara no nos hubiera dejado ese teatro suyo, magnífico, lleno de sabor popular y aun casi juglaresco en su evocación épica y de ágil orfebrería barroca en su expresión, bastaría otra obra suya para que celebráramos con orgullo hispánico su tricentenario: la novela *El diablo cojuelo*, fina sátira donde la mente y el lenguaje del autor, de puro buídos se entrecruzan ante el que lee como afiladísimas y destellantes espadas.

Pues bien, en esta novela, capaz de despabilar con su lectura el más arromado, el protagonista tiene una peregrina idea apenas le saca el estudiante don Cleofás de la redoma donde yacía en conserva: la de levantar los techos de las casas de Madrid para descubrir la verdad de las apariencias de las gentes. Y tanta gracia y eficacia tiene siempre el hacerlo, que vamos a seguir un sistema análogo con lo que llevo escrito, metiéndonos con la calumniada erudición—también algo de diablo y de cojuelo en su espíritu y su resultado—todo lo que podamos en la vida de Vélez de Guevara que lucía en la Corte para la mayoría de las gentes, como queda descrita.

Empezaré por destapar el archivo parroquial de Ecija y extraer de él un documento. Es la partida de nacimiento de Luis Vélez de Guevara, acaecido el uno de agosto de mil quinientos setenta y nueve. Pero, ¡oh milagro! este apellido no aparece en ella ni en ninguno



de sus ascendientes; en realidad su nombre era Luis Vélez de Santander, con el cual firmó alguna de sus obras en sus primeros años. ¿Por qué el cambio...?

Sigamos destapando techos con los documentos. Por uno de ellos se sabe de modo fehaciente que, a mediados del siglo XVI había salido a pública vergüenza, para ser relajado, un tal Luis de Santander, de Ecija—ascendiente, sin duda, de nuestro poeta—acusado de judaizante por el Santo Oficio de la Inquisición, y no hay que ser un lince para comprender cómo le convenía así ocultarlo y sustituir aquel apellido con tufillo a corozca y sambenito, por uno de los más ilustres que podían ensartar en él, ni tampoco es difícil suponer que con tan «limpia» ascendencia sus pretensiones a un hábito de las órdenes militares darían en tierra a poco que se empezasen las informaciones.

Por otros datos, igualmente irrefutables, puede rectificarse el resto de la vida de Luis Vélez de Guevara, que en muchos aspectos se esfuma, como su descendencia de los conquistadores de Jérez de la Frontera y la hidalguía de los apellidos de su mujer que, en realidad, se llamaba Ursula Ramisi y Bravo, aunque su marido, para que en todo le siguiera, como requiere el buen cumplimiento del mandato matrimonial, se los cambiara por los ilustres y retumbantes a que ya he aludido.

La familia de Luis Vélez—como ha dicho su biógrafo don Emilio Cotarelo—«pertenecía a la clase media y era gente de profesión liberal», según revela el que su padre Diego Vélez de Dueñas se titulara licen-

ciado. El y su mujer, Francisca de Santander, no eran poseedores de fortuna y por esta razón figuró su hijo Luis, cuyo tricentenario conmemoramos, con la indicación de «pobre» al matricularse en la Universidad de Osuna, donde aun estaba cuando tenía diecisiete años y no en guerra, como él afirma, ni tampoco en las armas durante seis años, según sus versos, sino mucho menos de la mitad y seguramente, conociendo su verdadero ambiente familiar como aventurero, huído de la pobreza familiar, en la que, sin duda alguna, se había ya formado el espíritu pordioseante que demostró a lo largo de su vida.

Porque si no son ciertos ni el apellido ni la hidalguía del poeta, ni tampoco el bienestar que podía esperarse de sus servicios al Conde de Saldaña, ya que éste no le pagó nunca bien, pese a sus reclamaciones continuas y apremiantes, en cambio se hizo famosa entre los que le conocían íntimamente su habilidad descarada para pedir a todos cuanto necesitaba con el arte de aparentar una intachable dignidad. Lope de Vega, gran amigote suyo, que tampoco se quedaba corto en tales manejos, llega a asombrarse y escribe al duque de Sessa, burlándose de una propia petición suya: «parece cosa de Luis Vélez».

Mas no es sólo el Fénix. El poeta don Antonio de Mendoza, secretario del rey Felipe IV, hartado ya de la pedigüeñería de Vélez, el Laurel poético, le enjaretó esta décima bastante mal intencionada en que

se alude a sus tufos de hidalguía, harto sospechosa para sus amigos:

«Lauro, ya más importuno,
pues siempre obligáis pidiendo,
ciento van, y recibiendo
vos no dáis ciento por uno;
tan gran lisonja a ninguno
sino al amigo ofreced
y el servicio os prometed
sólo, de sola hidalguía,
que a cualquier señoría
hace susto la merced».

Hasta sus mismos matrimonios parecen acordados para solventar situaciones económicas apuradas del poeta. Se casó cuatro veces, y salvo el primer matrimonio, de corta duración y del cual se ignora hasta el nombre de la esposa, los otros tres coinciden en cuestiones de intereses: el segundo, con la ya citada Ursula Ramiri Bravo, poseedora de casa y tierra en Berlanga y criada de los marqueses de Alcañices, que la dotaron en cuatrocientos ducados, negociados por Vélez, en tercera persona, antes de que se los entregaran; el tercero con Ana María del Valle, criada de la condesa de Cantillana y dotada por ésta con una cantidad que no consta, cobrada asimismo por Vélez antes del desposorio y empleada, en parte, por el poeta para pagar algunas de sus deudas; y el cuarto con una joven

viuda, doña María López de Palacios, hija de un médico de Santa Cruz de la Zarza, en Toledo, donde tenía bastantes bienes, aunque, con natural desconfianza no dejó a Vélez su suegro la libre disposición de ellos.

En fin, Dios me perdone este posible exceso de suspicacia, pero las circunstancias indicadas y los manejos correspondientes que suscitan creo que justifican mis sospechas antes señaladas.

Igualmente se había visto el ambiente real en que se movía el flamante don Luis Vélez de Guevara. Continuas peticiones de aire mendicante, para solucionar las angustias económicas de su familia, servicios de criado junto a los grandes aristócratas—luego continuados, cuando dejó al conde de Saldaña, en la casa del marqués de Peñafiel, después duque de Osuna, que con su generosidad proverbial socorrió con largueza al pedigüeño poeta—matrimonios con servidoras de la aristocracia que conocería en las recámaras de los señores a quienes servía, vida, en resumen, bien distinta de la que aparentaba, excepto en su brillantez literaria que era, por fortuna, lo único cierto de cuanto conocían de él las gentes de su tiempo.

Pero era un verdadero poeta.—Haz y envés de la vida de Vélez de Guevara, nos dan una personalidad en conjunto—con sus verdades y sus mentiras—verdaderamente atractiva en sus luchas con la realidad y el mundo que se imaginaba superior a ella.

Lo único en que concertaron la realidad y la imaginación, en la más alta creación estética fué en su obra

literaria, la única gran verdad y gran mentira de cuanto realizó que ha quedado, afortunadamente, sin que la borren los siglos por su autenticidad poética.

No puede negarse, además, que si no tenía noble ascendencia, sí llevaba en los versos sangre de poeta. Su padre, Vélez de Dueñas, lo había sido, y también su hermano Diego, y el propio Luis se la transmitió a su hijo Juan, también notable poeta y autor dramático, heredero de la fantasía y el ingenio paternos.

Su fama justificada de escritor le dió evidente popularidad en su tiempo, haciéndole intervenir activamente en el mundo literario madrileño. Escribió, con carácter oficial alguna vez, relaciones poéticas de diversos sucesos históricos, entre las que descuella el lindo poema descriptivo de la jira del futuro Felipe IV, verdadera crónica cortesana de 1608, llena de datos de interés para la indumentaria de la época; concurrió con brillantez a las academias poéticas, tan en boga entonces en la Corte y especialmente, como es de suponer, a la que el Conde de Saldaña celebraba en su propia casa; donde se peleó con Soto de Rojas; tomó parte en diversos certámenes poéticos, con éxito, y compuso, en todo tiempo, además de sus obras dramáticas y en prosa, numerosas poesías laudatorias de libros y personajes.

Ya se han visto en líneas anteriores las muestras del agudo ingenio de Vélez de Guevara, que debió ejercitarse aún más en su continua intervención en las llamadas comedias «de repente»—esto es, improvisando

su papel cada poeta que tomaba parte en ellas— que fueron tan del gusto de Felipe IV, en sus deslumbrantes fiestas del Buen Retiro. Ahora, para completar su sombra humorística, su «buena sombra», reproduciré tres anécdotas suyas, con las cuales tiende una mano a Muñoz Seca:

Como en una ocasión se tropezase, cierto día calurosísimo, con un entierro en que, naturalmente, los acompañantes iban enfundados en las asfixiantes bayetas negras de la época, repentizó esta redondilla:

«Con calores excesivos
van de bayeta cubiertos:
¡gran traza hallaron los muertos
de vengarse de los vivos!».

Un amigo de Luis Vélez, próximo a partirse de Madrid para un lugar no lejano de El Toboso, le preguntó al poeta: «¿Qué quiere Vm. para la Mancha? Y él contestó rápido: «Greda».

Por último esta otra, tal como la relata el portugués Suppico de Moraes:

«Don José de Pellicer comentaba mucho entonces. Yendo en un coche con Luis Vélez de Guevara, el cochero se acercó mucho a un despeñadero; y siendo frase de los castellanos en tal caso decir: «Haced margen», dijo así, con algo de miedo Luis Vélez. Pellicer, por afectar que no lo tenía, preguntó con frialdad: «¿Para qué ha de hacer margen?». Y Luis Vélez, con

grande aflicción, dijo continuando el mismo grito: «Haced margen para que comente el señor don José de Pellicer».

No es de extrañar que Vélez de Guevara tuviera muchos admiradores entre sus contemporáneos, que reconocieron por encima de las invenciones fantasmagóricas de su vida que con su ingenio y gracia se hacía perdonar, el talento literario que aparece en cualquiera de sus obras.

Amigo de la mayoría de los escritores e íntimo de Lope de Vega y Cervantes—pese a la enemistad existente entre el autor del Quijote y el creador del teatro nacional—fué alabado por ambos con elogio sincero, «rara avis», en los textos de los dos. En el Viaje del Parnaso, hay esta alabanza en que alude chistosamente a la elevada estatura del poeta:

«Este que es escogido entre millares
de Guevara, Luis Vélez, es el bravo
que se puede llamar quita pesares.

Es poeta gigante en quien alabo
el verso numeroso, el peregrino
ingenio si un Suaton nos pinta o un

Y, más adelante, exclama con un sincero júbilo, no enfriado a través de tres siglos desde que escribió:

«Topé a Luis Vélez, lustre y alegría
y discreción del trato cortesano,

y abracéle en la calle a mediodía».

En *La Filomena*, el *Fénix*, ensalza dos veces:

«De Luis Vélez florido y elocuente
La lira que ya fué del dulce Orfeo».

«Y al famoso Luis Vélez, que tenía
en éxtasis las Musas, que a sus labios
Iban por dulce néctar y ambrosía».

Y en el *Laurel de Apolo*, con más entusiasmo aún, este cumplido elogio:

«Ni en Ecija dejara
El florido Luis Vélez de Guevara
De ser su nuevo Apolo,
Que pudo darle sólo,
Y sólo en sus escritos,
Con flores de conceptos inauditos
Lo que los tres que faltan;
Así en verso de oro
Con blanco estilo la materia esmaltan».

Ahora, al cabo de trescientos años, estos elogios no sólo tienen toda su tónica de estimación sino que pueden ampliarse con hondura crítica absoluta frente a la obra de Luis Vélez de Guevara.

Y junto a la verdad intacta de ella, como un espléndido espejo de la época, esta vida y ser del autor que he procurado evocar en su haz y su envés, tan significativos del siglo en que vivió.

Porque no achaquemos solamente a vanidad del poeta su fingida personalidad de oropel encubriendo las necesidades apremiantes de la verdadera, de sabor picaresco frente a aquel caballerismo—no caballeridad—rezago de algo que ya se ha perdido y a lo que cuesta renunciar.

Vélez es como su tiempo al compás de su tiempo y de España que ya ha perdido el suyo, que presenta su haz fingiendo antiguos impulsos imperiales y encubre desesperadamente su envés de picaresca que los ha enervado. Esa picaresca, que es precisamente eso que enseña a eso: a tener haz y envés—las palabras de entonces—como aquel pícaro de que bien ataviado por delante, encubría con la capa su desnudez de detrás. ¡Buena evocación la vida de Vélez de Guevara con su haz y su envés, como reflejo de aquellos tiempos en que España era eso, haz y envés, también para el mundo y para sí propia! Que enseñe en todos los tiempos a la valentía de mostrarse tal cual se es, sin cobardes apariencias, porque no siempre como a Vélez de Guevara le llega la salvación de la poesía que es la única verdad perdurable a través de tres siglos, porque su transparencia eterna no admite distingos de haz y de envés.